

Lecturas

GRANDES GRANJAS, GRANDES GRIPES. AGROINDUSTRIA Y ENFERMEDADES INFECCIOSAS

Robert Wallace

Capitán Swing, Madrid, 2020

509 págs.

Grandes granjas, grandes gripes de Rob Wallace es una obra traducida al castellano por J. M. Álvarez-Flórez de la homóloga en inglés del 2016, y representa un estudio acerca del origen de algunas de las enfermedades más alarmantes de nuestro tiempo, dividido en siete partes introducidas por un prefacio a la edición española que contextualiza el libro dentro del escenario de la COVID-19. El autor, un biólogo evolutivo y filogeógrafo de salud pública cuya investigación se centra en las formas en que la agricultura y la economía influyen en la evolución y propagación de los patógenos –en particular, los que causan la gripe porcina (H1N1) y aviar (H5N1)–, utiliza aquí una escritura técnica, precisa, y detallada, pero cercana, para componer un itinerario de exploración sobre cómo ha crecido intensamente el consumo de carne en tan solo dos décadas, y de qué forma ha afectado eso a la dimensión socioecológica. Con todo ello, Wallace nos muestra la cara B del modelo económico de la agroindustria y nos proporciona muchas razones para cambiar nuestros hábitos alimenticios y la relación que mantene-

mos con la naturaleza. Esta intencionalidad se resume de manera excelente en una declaración suya en la cual afirmó que «Cualquiera que pretenda comprender por qué los virus se están volviendo más peligrosos debe investigar el modelo industrial de la agricultura y, más específicamente, la producción ganadera. En la actualidad, pocos gobiernos y pocos científicos están preparados para hacerlo».

En ese sentido, el libro aparece como el intento de comprender la distribución histórica y geográfica de peligrosos virus y debería haber servido como una gran advertencia o llamada de atención para la actual pandemia de coronavirus.

Una de las ideas fundamentales que propone el autor de *Grandes granjas, grandes gripes* es que para muchas “familias” de virus zoonóticos (es decir, los virus que pueden transmitirse de animales a humanos), los factores socioeconómicos y/o las variables materiales que subyacen a su evolución viral, propagación e impacto no son totalmente aleatorios. Esto tiene implicaciones importantes: el mayor foco de atención se pone en tratar de comprender los “mecanismos moleculares” (es decir, la técnica) por los cuales tales virus prevalecen sobre el sistema inmunológico humano, mientras que se pone poco énfasis en tratar de comprender las otras causas, quizás menos lineales y más complejas, que están detrás de que una cepa de gripe “poco patógena” se convierta en una cepa “altamente patógena”, capaz de infectar y matar a millones de personas. Y la consecuencia de ello es

que, si por un lado este mecanismo nos garantiza que se llegará a desarrollar respuestas de “ataque” al virus, como por ejemplo vacunas efectivas con tecnologías muy innovadoras, por el otro no se llega a la raíz del problema que conduciría a la prevención de futuros brotes, ya que no se cuestionan las fuerzas que de alguna manera impulsan la evolución de los virus. Y, como explica Wallace, una de las razones por las que se adopta este “enfoque molecular” para las pandemias virales se puede encontrar en el tipo de ciencia con fines de lucro que interesa a las grandes compañías farmacéuticas y a las grandes corporaciones agroindustriales. En este sentido, la lógica capitalista muestra descarnadamente que es más rentable atender el problema que prevenirlo en primer lugar. «La perversión de la ciencia para obtener beneficios políticos es en sí misma una fase de la pandemia», advierte el autor.

Uno de los asuntos tratados por Wallace tiene que ver con la nomenclatura. En ese sentido, el estadounidense proporciona una recopilación de incidentes registrados en algunos países que se habrían negado a cooperar con la Organización Mundial de la Salud (OMS), e incluso la presionaron para que se adoptaran nuevos sistemas de nomenclatura con el fin de desviar la atención sobre ciertos gobiernos o industrias que podían tener alguna responsabilidad en un brote inicial. El argumento del biólogo es que en verdad aquí se esconden intereses más profundos: si por un lado hay un gran intento de limpiar su imagen y negar sus responsabilidades, por el otro es evidente que su falta de voluntad para cooperar surge porque el poder estatal ha sido capturado por los grandes agronegocios. Así, si por un lado se afirma: «¿Podemos asignar la culpa a un determinado país como Indonesia, Vietnam o Nigeria, porque es en el que

primero surge una cierta enfermedad entre humanos? ¿Debemos culpar a China por generar repetidamente brotes a nivel regional e internacional? ¿O debemos culpar a los EEUU donde se originó el modelo industrial de aves de corral integradas verticalmente, con miles de ellas empacadas como alimento para la gripe? Las respuestas son sí, sí y sí», por el otro, en el libro se advierte de que «No importa si el brote comenzó en el infame mercado de alimentos vivos de Wuhan o en otra terminal periurbana. Lo que necesitamos es reajustar nuestra visión conceptual de los procesos por los cuales los organismos vivos se convierten en mercancías y transforman cadenas de producción completas en vectores de enfermedades». Un buen ejemplo de todo esto sería el brote de gripe porcina de 2009, que Wallace identifica como una pandemia que resultó casi imposible de rastrear debido precisamente al inmenso poder que ejerce la agroindustria a nivel mundial.

En la base de estas reflexiones subyace el convencimiento de que las pandemias virales son intrínsecas a un modelo económico capitalista en el cual existe un sector agroindustrial —entre otros— cuyo único interés es el de maximizar las ganancias mediante la brutal explotación de animales que viven hacinados y están expuestos a una gran variedad de virus y enfermedades. Es el caso, por ejemplo, de la gran industria aviar, donde los pollos de engorde genéticamente uniformes se han criado selectivamente para crecer tres veces más rápido con la mitad de la cantidad de alimento que sus parientes silvestres. Y esta “productividad” capitalista y agresiva se obtiene a costa de “garantizar” técnicamente un sistema inmunológico robusto.

Además, los sistemas de naves cerradas empleados por los productores industria-

les evitan la exposición a los virus de baja patogenicidad que circulan naturalmente a través de las poblaciones de aves de corral criadas en libertad por los pequeños agricultores. Hay entonces dos grandes peros que considerar: el primero es que, dado que sus sistemas inmunológicos no están tensionados regularmente por estas cepas poco patógenas, si se dan las circunstancias de que tales cepas entran en las poblaciones, evolucionan rápidamente para volverse altamente patógenas y virulentas. Y el segundo elemento a considerar es que, en un contexto de cambio climático y pérdida de superficie de bosques con progresiva pérdida de biodiversidad, la probabilidad de que las poblaciones de pollos de engorde contraigan cepas de baja patogenicidad aumenta ya que las poblaciones de aves silvestres se acercan cada vez más a las granjas industriales. Está claro que existirían medidas preventivas de bioseguridad, pero es también evidente que, en la mayoría de los casos, estas tienen altos costes, que no son compatibles con los intereses del capitalismo industrial. Así, lo que habría que implementar es, por el contrario, una producción a pequeña escala y local. Los monocultivos genéticos de aves de corral deberían ser revertidos por una mayor variedad de cultivos, y para ello habría que restaurar los ecosistemas de ciertas regiones del mundo.

En definitiva, el libro da una vuelta de tuerca más al argumento según el cual el neoliberalismo sería la causa fundamental de las pandemias virales; Wallace afirma repetidas veces que sería más exacto decir que el capitalismo en sí mismo es la fuerza impulsora. Por la naturaleza en la que el capital atrae y compra el poder estatal, la agroindustria no está realmente disciplinada por la economía de “libre mercado”, sino que utiliza al Estado para des- tripar derechos, asegurarse contra

recesiones económicas y adquirir cada vez más zonas de control y poder.

En particular, y dentro de este marco de relaciones y poder corporativo, Wallace deja claro que la red globalizada de producción ganadera no solo potencia las pandemias virales, sino que en realidad actúa como una fuerza selectiva que determina inextricablemente la evolución viral. Si los modelos epidemiológicos incorporaran los factores que determinan la tasa de propagación ligada a los métodos de agricultura industrial intensiva, la disminución de superficie de los ecosistemas terrestres y la pérdida de biodiversidad, sin duda se potenciaría enormemente su poder predictivo.

Para reducir la aparición de nuevas epidemias, la producción de alimentos debería cambiar radicalmente. La autonomía de los agricultores y un sector público fuerte pueden, en cierta medida, contener el impacto ambiental y ahuyentar las infecciones. Sería necesario introducir reservas y cultivos, y restaurar las áreas sin cultivar. Además, y para nada secundario, habría que permitir que los animales se reprodujesen en el lugar para permitirles desarrollar y transmitir sus “patrimonio inmunológico”. Wallace insiste en que es fundamental, en ese sentido, proporcionar subsidios y fomentar las compras para apoyar la producción agroecológica y, en última instancia, defender estas medidas tanto frente a las coacciones que la economía neoliberal impone a los individuos y comunidades como frente a las amenazas de la represión estatal liderada por los capitalistas.

La agroindustria, como forma de reproducción social, debería terminar, aunque solo sea por una cuestión de salud pública. La producción de alimentos altamente capitalizada depende de prácticas

que ponen en peligro a toda la especie humana, en este caso contribuyendo a provocar una nueva pandemia mortal. Se necesitaría, en palabras del autor, una verdadera socialización de los sistemas alimentarios para evitar la aparición de nuevos patógenos tan peligrosos. Esto requerirá, en primer lugar, armonizar la producción de alimentos con las necesidades de las comunidades agrícolas y, además, implementar prácticas agroecológicas que protejan el medio ambiente y a los agricultores cuando cultivan nuestros alimentos. A una mayor escala, necesitaríamos, tal y como señalan muchos otros autores, sanar las fracturas metabólicas que separan la economía de la ecología. En resumen, Wallace advierte: «tenemos un planeta que recuperar».

Monica Di Donato

Investigadora, FUHEM Ecosocial

CLAVES ECOFEMINISTAS PARA REBELDES QUE AMAN A LA TIERRA Y A LOS ANIMALES

Alicia H. Puleo

Plaza y Valdés, Madrid, 2019

164 págs.

Alicia H. Puleo (1952) nos abre las puertas al Jardín-huerto ecofeminista con su último libro, donde sintetiza gran parte de su pensamiento dando lugar a una obra orgánica que pretende ser una introducción al ecofeminismo de fácil lectura para cualquiera que quiera aproximarse al tema.

Claves ecofeministas es un libro que se convierte en el modelo de aquello que defiende: con un lenguaje accesible, las au-

toras (Alicia Puleo del texto y Verónica Perales de las ilustraciones) nos ofrecen una obra *hipermedia*, que rompe la barrera de la página combinando imágenes, dibujos en las cubiertas y códigos QR que nos llevan a recursos audiovisuales. La autora hace uso de un lenguaje sencillo que se sirve tanto de mitos y relatos como de argumentos filosóficos y análisis históricos y retoma muchas de las tesis que ya desplegó en *Ecofeminismo para otro mundo posible* (2011), libro que contribuyó a la fundación de la Red Ecofeminista en 2012. La obra se compone de una introducción en la que nos ofrece un acercamiento a su Jardín-huerto ecofeminista, cuatro capítulos en los que desarrolla sus tesis y un epílogo que es una reflexión en la que se confrontan diferentes perspectivas acerca del futuro de la especie humana.

Alicia H. Puleo propone el Jardín-huerto de Epicuro como un modelo, pero interpretado de manera ecofeminista, es decir, situado críticamente frente a cualquier forma de androcentrismo y antropocentrismo. Este Jardín-huerto, sin dejar de lado la búsqueda de placeres moderados, lejos de sugerir una evasión del mundo, está comprometido ética y políticamente tanto con los seres humanos como con los animales y la naturaleza. El ecofeminismo crítico que se propone en el libro es una filosofía para pensar un futuro mejor. Por ello, una de las claves de este movimiento es la rebeldía, de ahí el subtítulo del libro: “Para rebeldes que aman a la Tierra y a los animales”. Lo que señala la autora es que no hay cabida para la resignación, sino que la tarea debe ser la reelaboración de la realidad mediante una praxis que sea a la vez feminista, animalista y ecologista, mientras afrontamos con *resiliencia* (p. 15) situaciones adversas que son ya inexorables.

Puleo trata de esclarecer que el ecofeminismo no es un feminismo ambiental, sino

que va más allá de eso: «Implica una nueva visión empática de la naturaleza que redefine al ser humano en clave feminista para avanzar hacia un futuro libre de toda dominación» (p. 19-20). Conllewa, dirá desde una perspectiva que podemos calificar de materialista, el reconocimiento de que la naturaleza no es un mero “medio” para la actividad humana, sino que tiene consistencia ontológica propia. En este sentido, a la autora le parecen ejemplares los movimientos de resistencia al extractivismo de países de América Latina, como pueden ser las madres de Ituzaingó en Argentina o las mujeres de Anamuri en Chile. A ellas se les puede considerar ecofeministas por sus prácticas en defensa de la Tierra porque también están relacionadas con sus problemas en tanto mujeres.

El libro ofrece una pequeña panorámica de lo que ha sido la historia del feminismo para después diferenciar entre los diferentes tipos de ecofeminismos. Lo que se consideró “ecofeminismo clásico” invirtió la valoración del dualismo naturaleza y cultura, viendo esperanza en los atributos femeninos de cuidado y conservación frente al hombre en el que encontraban actitudes nocivas y bélicas. Esta perspectiva esencialista (que exalta como capacidad femenina la maternidad) provocó desconfianza entre las feministas que habían pretendido poner punto final a los roles de género. Puleo desestima abiertamente tanto este «esencialismo determinista que niega la posibilidad del cambio» como un «constructivismo extremo que sostenga que somos una pizarra en blanco» (p. 32). Propone que mediante la educación es posible potenciar y limitar ciertas cualidades. Pero esa transformación social a la que aspiramos debe pasar por un aprendizaje intercultural. Como la autora señala, la sororidad del feminismo ha sido y debe ser internacional, y por ello es necesaria una ecojusticia que lleve consigo un rechazo

del neocolonialismo, pues el extractivismo, el abuso de los recursos naturales y la crisis climática afectan más a las clases desfavorecidas, a las mujeres y a los animales, siendo estos a su vez los que menos contribuyen. Rechaza de pleno también el alquiler de úteros, comparable a su juicio a la “agricultura por contrato”, una forma de agroextractivismo que se da en los países del Sur global. En definitiva, el ecofeminismo se presenta como un movimiento en lucha contra la interseccionalidad de las opresiones ecológicas y sociales.

La autora recupera una distinción que utiliza en otras de sus obras: distingue entre patriarcados de coerción y patriarcados de consentimiento. Los primeros son propios de sociedades en las que se oprimen todos los aspectos de la vida femenina, dejando a la mujer sin capacidad de decisión sobre su cuerpo. Los patriarcados de consentimiento en cambio son aquellos que encontramos en las sociedades capitalistas neoliberales en que malvivimos, y se caracterizan por restringir el ámbito de libertad de la mujer a través del consumo y la imposición de ciertos cánones culturales (de belleza, por ejemplo).

La precariedad hacia la que empuja el modelo de “contrato basura” es la otra cara de la moneda de los patriarcados de consentimiento. Bajo una falsa apariencia de libertad de elección se esconde una presión que nos empuja a consumir y a elegir aquello que muy probablemente no deseamos en realidad: «El mandato del patriarcado del consentimiento ya no es la represión de los deseos sexuales como en el patriarcado de coerción. Por el contrario, el mandato es la intensificación del deseo y la práctica sexual, transformados en requisitos de la autoestima y del reconocimiento social» (p. 60). La maternidad subrogada, indica la autora, es un ejemplo paradigmático de aquello que en nuestras

sociedades se nos vende como forma de liberación femenina; no obstante, hay, según señala, una gran desinformación acerca de los riesgos que corren las mujeres que se someten a este proceso.

Para la filósofa, el modelo de emancipación femenina que se proponga no puede estar basado en la masculinización de la mujer, haciéndola adoptar actitudes de dominación, sino que más bien tiene que pasar por una feminización de la sociedad. Esto no conlleva otra cosa que reivindicar aquellos valores y tareas que han sido tradicionalmente asignados a las mujeres como valores y tareas que son exigibles a toda la especie humana. El modelo del conquistador de la naturaleza que se ha desarrollado durante la modernidad ha sido profundamente androcéntrico, pues han sido los valores masculinos de dominación e impaciencia los que han propiciado una conquista agresiva de la Tierra y una explotación de la vida de los demás animales.

En este contexto, la ciencia, la tecnología y la educación tienen un papel fundamental. Puleo habla de no rechazar la ciencia, sino de adaptarla críticamente a valores como la empatía, también dando pautas para una educación ambiental. Esta debe abandonar su sesgo androcéntrico para proporcionar formación emocional ecológica, proporcionando ejemplos de lucha ambiental femenina. También debe estar impartida por docentes que amen la naturaleza e incluir la conciencia ética hacia los animales, por mencionar algunas de sus características.

A nivel moral, el valor que debe acompañar a estas transformaciones es la generosidad y no la caridad, extendiendo nuestra comunidad moral al resto de los animales y promoviendo pactos de ayuda mutua con luchas ya existentes. Puleo habla de mos-

trar el sesgo patriarcal del maltrato animal, por ejemplo, para establecer lazos entre las luchas animalista y feminista: «A través del ecofeminismo, el feminismo puede redefinir a los animales humanos y no humanos y establecer nuevas formas de relación despojadas de explotación y violencia» (p. 108).

El ecofeminismo de Alicia H. Puleo es una propuesta política y moral comprometida con el futuro, lo que acaso dificulta un posicionamiento con respecto al avance tecnocientífico. Puleo da por sentado que tal avance es imparable, mientras que al mismo tiempo considera que sería posible una regulación crítica de sus efectos negativos. Sin embargo, cabría objetar que esto resulta contradictorio pues, si es imparable, ¿hasta qué punto podremos evitar sus derivas destructivas?

Por último, se sirve de la readaptación de *Blade Runner* como ejemplo de cómo la ciencia ficción ha innovado en su representación de las tecnologías mientras que el modelo del “eterno femenino” no ha cambiado más que para adaptarse. Trae a colación el posthumanismo de Donna Haraway como un punto de partida interesante para pensar en una “reinención” de lo humano, puesto que deslegítima las barreras construidas entre lo que tiene carácter humano y lo que tiene carácter de máquina. Puleo lleva más allá esta disolución de barreras, valorando la posición antiesencialista de Haraway y extendiendo su crítica para subrayar que no hay límites entre lo humano y lo natural, lo cual le lleva a sostener que la comunidad moral debe ser ampliada a todos los sintientes.

*Carmen Peinado Andújar e
Irene Gómez-Olano Romero*
Estudiantes del Máster de Crítica y
Argumentación Filosófica,
Universidad Autónoma de Madrid

CONEXIONES PERDIDAS

Johann Hari

Capitán Swing, Madrid, 2020

358 págs.

Un libro, publicado en primera versión en 2019, con enorme potencial y actualidad reforzada por las consecuencias de la pandemia. El autor, el periodista Johann Hari, escribe desde el conocimiento en primera persona del sufrimiento. También, desde la profunda investigación. Acompaña las reflexiones basadas en experiencias personales con multitud de referencias bibliográficas y conversaciones con actores relevantes.

Tras alertar sobre el alarmante aumento de consumo de fármacos y afirmar que «hemos aceptado que un gran número de las personas que nos rodean se sienten tan afligidas que se creen en la necesidad de ingerir a diario unas sustancias químicas muy fuertes para tirar adelante» (p.23), presenta la situación en la que se le plantearon preguntas clave (¿Por qué continuaba deprimido? ¿Por qué había tantos como yo): «A los treinta y un años me encontré químicamente desnudo por primera vez en mi vida adulto. Llevaba casi una década ignorando los amables recordatorios de mi médico de que seguía deprimido pese a la medicación. Solo me animé a escucharle tras sufrir una crisis en mi vida, la cual me hizo sentir fatal de forma inequívoca y de la que no me pude librar. Lo que había estado probando durante mucho tiempo daba señales de no funcionar» (p.31).

Aunque aplazó abordar el tema en profundidad, ya que «una vez has asumido una historia para explicar tu dolor, te muestras muy reticente a desafiarla» (p.31). En esa línea, afirma lo siguiente: «No ha sido un

periplo fácil para mí. Como veréis, me aferré a la vieja historia que explicaba mi depresión como resultado de un cerebro roto. Luché por ella. Durante mucho tiempo di la esperaba a las pruebas que me presentaban. Esto no fue una transición amable hacia otra manera de pensar. Fue un combate» (p.32).

Finalmente se sumerge de lleno en una búsqueda de verdad con impacto individual y colectivo. Una búsqueda que llevó a una revisión radical de la historia, «la propia y la de la angustia esparciéndose por nuestra cultura» (p.25). Una escucha del dolor, individual y colectivo, que permita identificar causas reales.

La forma en la que vivimos, la forma en la que se organizan las sociedades, tiene para el autor una importancia fundamental. Afirma, contundente, que «la causa principal de la depresión y la ansiedad crecientes no se halla en nuestras cabezas. La descubrí principalmente en el mundo y en el modo en que vivimos en él» (p.27).

Añade que cuando finalmente comprendió lo que (le) estaba ocurriendo, se le reveló la existencia de antidepresivos auténticos. «Su aspecto no recuerdo al de los antidepresivos químicos que se han mostrado tan poco efectivos para tantos de nosotros. No son algo que uno compre o ingiera. Pero quizá nos señalen el punto de partida de un camino que de verdad nos aleje de nuestro dolor» (p.28). Un camino en el que las explicaciones tengan en cuenta el contexto, en las que se reconozcan la importancia de que nuestras vidas no sean como deberían.

Erich Fromm, psicólogo social y socialista apasionado por la libertad, defendió la idea de que lo que resulta beneficioso para el sistema económico puede resultar nocivo para la salud (mental) de las per-

sonas. Hari, con el objetivo de ofrecer esperanza a millones de personas, escribió un libro desde la convicción de que las respuestas basadas en las explicaciones vinculadas a desequilibrios químicos son insuficientes. Como apunta el título del libro, identifica en la desconexión el origen principal de la ansiedad y la depresión. En consecuencia, se propone la reconexión como la estrategia más afectiva para enfrentarse a esos males. Desde la convicción de que la salud en una sociedad enferma es una anomalía.

Hari, tras hacer repaso a la evolución de su reflexión crítica sobre la eficacia de las respuestas farmacológicas, identifica diferentes causas de la depresión y la ansiedad.

La primera causa que menciona es la desconexión de un trabajo con sentido. Más allá de las cuestiones vinculadas a los trabajos de mierda, entendiendo estos como lo hacía David Graeber (un trabajo de mierda como aquel que la persona piensa que no debería existir. Por innecesario o, incluso, porque el mundo sería mejor sin ese empleo), señala una cuestión importante en el ámbito laboral relacionada con depresión y suicidio: la falta de equilibrio entre esfuerzos y recompensas. Una cuestión, esta última, de enorme relevancia al analizar la situación de las personas jóvenes.

La segunda causa enunciada es la desconexión de las otras personas. La respuesta desde un individualismo desconectado. La constatación del uso obsesivo de las redes sociales como «un intento por llenar un agujero, un vacío inmenso, que se produjo antes de que dispusiéramos de un teléfono inteligente» (p.125).

El hecho de que la desconexión de otras personas sea una de las causas mencio-

nadas por Hari no niega, únicamente complementa, la necesidad de la conexión con uno mismo y, concretamente, con los traumas propios. De hecho, la desconexión con los traumas propios es otra de las causas que identifica. El autor apunta así a la necesidad simultánea de conectar con uno mismo y con otras personas. Así, creo que de la lectura del libro puede derivarse dos conclusiones complementarias: no todo el sufrimiento individual está causado por cuestiones colectivas/estructurales y, al mismo tiempo, buena parte del sufrimiento individual está relacionado con cuestiones colectivas/estructurales.

En esos espacios de interconexión entre lo individual y lo colectivo se sitúan otras causas que identifica como son la desconexión de valores significativos, la desconexión del mundo natural o la desconexión del estatus y el respeto.

Otra de las causas identificadas es la desconexión de un futuro esperanzador o seguro. Alerta, además, de la relación existente entre la pérdida del futuro y el aumento de los suicidios. Recuerda a sus amigos engullidos por el precariado, amigos que no «le hallan el sentido a sus vidas: su futuro se ve constantemente fragmentado. Todas las expectativas sobre lo que vendría a continuación en las que fueron educados parecen haberse esfumado» (p.196).

Entre las soluciones, en línea con las causas mencionadas, identifica la reconexión con los otros. La superación de las soluciones puramente individuales. Así, junto a la aceptación y superación de traumas individuales, menciona también entre las estrategias efectivas la prescripción social, la superación de la adicción a uno mismo y la reconexión con valores significativos.

También, la reconexión a un trabajo significativo. En el capítulo dedicado a esa reconexión nos acerca el caso de una empresa en la que se toman decisiones democráticas. Una de las personas de que trabajan en esa empresa apunta que «no es el trabajo en sí lo que te hace enfermar, sino la sensación de verte controlado y de no ser más que un engranaje inútil dentro de un sistema. Es la sensación de que, con independencia de tu grado de rendimiento, te van a tratar de la misma manera y nadie va a prestar atención; un desequilibrio entre esfuerzo y recompensa» (p.276). Todas las personas que trabajan en esa empresa le aseguraron que se sentían «menos ansiosos y deprimidos que cuando trabajaban en el tipo de organizaciones piramidales que imperan en nuestra sociedad» (p.276).

Por último, Hari propone recobrar el futuro. Superando el mayor obstáculo que identificó en su búsqueda: la necesidad de tiempo para reconectar de las maneras que señala. Como él señala, «la mayoría de las personas no paran de trabajar y el futuro les provoca inseguridad. Están exhaustas y sienten que la presión crece año tras año. No es fácil unirse a una gran batalla cuando llegar al final del día ya se antoja suficiente batalla» (p.329). Partiendo de la constatación del hecho de que «cuanto más pobre eres, más probabilidades tienes de sufrir depresión o ansiedad, así como de enfermar de cualquier manera posible» (p.331), explora la propuesta de la renta básica universal. Menciona la defensa de Barack Obama al final de su presidencia, sugiriendo que «una renta universal podría ser la mejor herramienta a nuestro alcance con el fin de recrear la sensación de seguridad, no con la promesa absurda de reconstruir un mundo perdido, sino de llevar a cabo algo genuinamente nuevo» (p.335). Cierra la exploración con el relato

de una conversación con Rutger Bregman. Bregman señala la existencia de un mercado laboral marcado por «la omnipresencia de la gente desesperada» (p.335). Frente a ello propone «debatir y hacer campaña por la renta generalizada como antidepresivo, como una forma de tratar con el estrés generalizado que está hundiendo a tantos de nosotros, con el tiempo» (p.338) para, sacando a la luz uno de los factores de la desesperación, «devolverles un futuro seguro a aquellos que están perdiendo la capacidad de imaginarse uno para ellos mismos, un modo de devolvernos a todos el oxígeno que nos permita cambiar nuestras vidas y nuestra cultura» (p.338).

Diego Escribano Carrascosa
Graduado en Derecho y en Ciencia
Política y Administración Pública y
Máster en Derecho Internacional de los
Derechos Humanos

WILL THE GIG ECONOMY PREVAIL?

Colin Crouch

Polity, Cambridge, 2019

144 pp.

Uno de las innovaciones más significativas del capitalismo contemporáneo ha sido la emergencia de la llamada *gig economy*, término con el que se identifica una nueva forma de organizar la actividad económica y el trabajo asociada a la consolidación de grandes empresas digitales conocidas como plataformas. Estas grandes empresas, bien conocidas entre la ciudadanía (Uber, Cabify, Deliveroo, Glovo, Amazon) actúan como supuestas intermediarias entre oferentes de servicios y clientes en un sinfín de sectores,

poniendo a su disposición sus canales digitales (aplicaciones, webs) para poner a “productores” y consumidores en contacto entre sí. Aunque originariamente algunas de sus innovaciones hicieron pensar en la aparición de una nueva economía colaborativa, y que las condiciones flexibles ofrecidas podrían permitir a ciertos trabajadores mayor libertad a la hora de organizar sus actividades, la realidad es que lo que se ha consolidado es una nueva forma de trabajo basada en el *gig*, la colaboración esporádica, que genera entre los productores citados –generalmente trabajadores autónomos– una situación de enorme dependencia respecto a la plataforma, provocando un aumento de la vulnerabilidad de estos emprendedores. Este modelo, en todo caso, ha tenido un éxito extraordinario en todo el mundo, y en el caso español, el crecimiento de este capitalismo de plataformas, tanto por la implantación de multinacionales como por la consolidación de empresas nacionales ha sido simplemente espectacular en la última década. El resultado ha sido una auténtica revolución en el espacio del consumo cotidiano, con una explosión de servicios demandados a través de estos canales que han trastocado por completo dominios enteros de la economía, algunos de ellos regulados históricamente. Nuestras calles se han visto inundadas de *riders*, conductores de transporte privado y repartidores, cuya situación de precariedad laboral ha sido recogida por los medios de comunicación y ha puesto el foco en las difíciles condiciones laborales que sustentan este nuevo modelo productivo.

Paralelamente a la consolidación de este modelo de la *gig economy*, se ha generado un corpus de investigación muy notable en las ciencias sociales que trata de analizar las condiciones, implicaciones y efectos que está generando esta nueva

forma de organización de la economía y el trabajo. Entre estos esfuerzos, hay uno que destaca por su accesibilidad para el lector medio, y es el libro que se reseña en estas páginas. Se trata del texto *Will the gig economy prevail?*, del sociólogo británico Colin Crouch, profesor emérito de la Universidad de Warwick y con una larga trayectoria en el terreno de la sociología del trabajo. Este breve librito, editado por Polity Press dentro de su colección *The Future of Capitalism*, tiene como objetivo ofrecer un análisis sobre este paradigma de la *gig economy*, contextualizándolo dentro de un debate más amplio sobre el futuro del trabajo y el Estado del bienestar. A continuación, se procederá a describir sus contenidos.

El texto, como se ha señalado, es breve: se trata de un libro de bolsillo de menos de 150 páginas que trata de resumir, para el lector poco familiarizado, las principales características de la *gig economy* con especial atención a su modelo laboral. De hecho, el primer capítulo de los cinco que lo componen se centra en el crecimiento del trabajo precario, asociado a la consolidación de estas plataformas digitales. Crouch comienza presentando la anécdota de un trabajador del sector de la logística que fallece por no acudir al médico ante una enfermedad, debido a que tiene temor de no cumplir con el trabajo que obtiene a través de una plataforma: este infortunado hecho es sintomático de una situación cada vez más generalizada en el mercado laboral, por la que un trabajador autónomo, y por ello, carente de los beneficios sociales asociados al empleo (como la baja médica), se ve disciplinado por una empresa a la que no pertenece. La *gig economy* implica la existencia de un emprendedor flexible que obtiene clientes a través de una plataforma, y desde el punto de vista neoliberal es sin duda una gran idea: se produce un aba-

ratamiento de los costos para los empleadores al desaparecer la categoría de empleados y, por otra parte, supone mayor libertad y flexibilidad para esos trabajadores autónomos, que pueden ganar el dinero que deseen en función de su disponibilidad y deseo de trabajar. Sin embargo, Crouch considera que este discurso pro-tecnológico está obviando unas prácticas laborales más que dudosas: la mayoría de la gente, para vivir, no se quiere limitar a hacer *gigs* (bolos) como los artistas, sino que persigue conseguir ingresos lo más regulares posible. Por ello, más que emprendedores son personas que se han visto forzadas, ante la mala situación del mercado laboral, a trabajar en estas condiciones de forma no deseada. Actualmente, suponen un segmento creciente de la fuerza de trabajo, marcado por la vulnerabilidad y la falta de horizontes, dentro de un mercado de trabajo cada vez más dualizado.

Tras manifestar su preocupación por el ascenso de este nuevo modelo digital, Crouch pasa a discutir en el segundo capítulo las ambigüedades presentes en el concepto de contrato de trabajo (ausente en el capitalismo de plataformas), con el fin de valorar las implicaciones de que la *gig economy* siga creciendo y consolidándose. El contrato laboral ha sido, a priori, la expresión de una asimetría en el poder de los contratantes, que se sitúan en posiciones muy desiguales: el empleador pone todas las condiciones que deben cumplirse, a cambio del salario. Sin embargo, tras años de lucha sindical, la legislación laboral ha sido capaz de compensar esta situación incluyendo más derechos con lo que, en la actualidad, estar empleado bajo contrato supone que, aunque se mantiene la subordinación respecto al empleador, también se han consolidado algunos beneficios reseñables en favor del trabajador (pensión, seguri-

dad social, vacaciones pagadas). Con el advenimiento de las plataformas y su estrategia de establecer una relación de mera intermediación con esos emprendedores, la relación laboral citada, llamémosla estándar, es sustituida por otra que, aunque supuestamente es una relación mercantil entre dos empresas, en realidad es la expresión de una nueva desigualdad: la dependencia de estos autónomos de la plataforma es total, recibiendo trabajo en función de unos algoritmos sobre los que no tienen ningún control, por lo que es absurdo verlos como empresarios o emprendedores. Son, más bien, falsos autónomos forzados a serlo, que necesitan trabajar a destajo para alcanzar unos ingresos aceptables, siendo explotados por la plataforma.

Por tanto, la precariedad se extiende en el mercado de trabajo, y parece difícil de revertir, sobre todo una vez que más y más compañías se interesan por este modelo de organización del trabajo y mucha gente necesitada se ve obligada a recurrir a él (estudiantes endeudados, desempleados de larga duración, etc.). Crouch hace de hecho una comparación entre estas nuevas figuras laborales de la *gig economy* y el trabajo ocasional a destajo, que había disminuido a lo largo del siglo XX ante la consolidación de la norma de empleo estándar fordista: de alguna forma, la *uberización* del empleo no responde a un proceso de modernización digital, sino más bien un retroceso al mundo prefordista. Aquí el autor incorpora una interesante reflexión sobre la consolidación del empleo estándar como una conquista social y cómo el giro neoliberal supone un retroceso en las condiciones asociadas al empleo, en especial a partir de la década de los noventa (aunque de forma contradictoria, ya que a la vez en ciertos empleos se ganan nuevos dere-

chos). En opinión de Crouch, la financiación de la economía que se consolida en la última década del siglo XX ha puesto al beneficio en primer plano de las estrategias de gestión, siendo el empleo la variable que pasa a absorber todos los riesgos derivados de la actividad empresarial, lo que tiene efectos muy importantes al introducir una enorme inestabilidad en las vidas de los empleados. En general, el sociólogo británico considera que existen enormes desafíos para el modelo de empleo estándar, ante el declive del grupo de los trabajadores protegidos y una creciente dualización de un mercado laboral cada vez más desigual.

De hecho, en el tercer capítulo el autor va a profundizar en su análisis del empleo estándar como contrapunto al empleo precario de la *gig economy*, con referencia a numerosos datos estadísticos europeos. Para Crouch, el panorama que se visualiza es el de un cierto declive de la protección en el empleo ante la desregulación y la debilidad sindical, aunque al mismo tiempo se han consolidado nuevos derechos como los permisos parentales. Se han recortado en Europa las prestaciones por desempleo, aunque se ha aumentado en muchos países el salario mínimo. En general, los datos estadísticos muestran que se han perdido cosas, pero se han ganado otras a lo largo de los últimos años. No obstante, la política neoliberal ha erosionado a ese empleo estándar mediante la promoción de nuevos contratos en condiciones precarias, que se multiplican sin freno.

En el siguiente capítulo, Crouch se detiene en el análisis del empleo precario. El autor describe varias formas en las que este se manifiesta: trabajo a tiempo parcial involuntario, que crece de forma acusada, sobre todo entre las mujeres; trabajo temporal, que también ha experi-

mentado una tendencia ascendente; la economía sumergida, que sigue siendo relevante en nuestros días; y finalmente el trabajo autónomo, característico de la *gig economy* y que se encuentra asimismo en crecimiento en los últimos años. ¿Está esto llevando a un nuevo dualismo en el mercado de trabajo entre precarios y estables, tal y como han señalado numerosos economistas y sociólogos? Crouch se muestra cauteloso al respecto, señalando que esta situación dual solamente parece preocupar en épocas de crisis, en las que el coste del despido se convierte en una variable de ajuste importante, y que las investigaciones muestran resultados muy ambiguos al respecto. Afirma que puede que exista un cierto dualismo entre trabajadores mayores estables y jóvenes precarios, algo que ha sido aprovechado por la derecha neoliberal para justificar la desregulación del mercado de trabajo y que genera tensiones importantes a nivel sindical (pues a los sindicatos se les acusa de concentrarse en la defensa de los intereses de los estables, aunque Crouch matiza que recientemente han cambiado su estrategia y están interesados en la situación de los trabajadores de la *gig economy*). En todo caso, tener protección social no es la razón de esta situación, y se debe reflexionar sobre cómo proporcionar seguridad al empleo en este contexto de precarización creciente.

De hecho, el último capítulo del libro trata de dar respuesta a esta incógnita. En la actualidad, hay debates muy significativos en torno a los desafíos que supone la creciente desigualdad social derivada del crecimiento del empleo precario, de los bajos salarios y de la crisis de los cuidados. Por ejemplo, han surgido propuestas de crear una renta básica ante un escenario futuro de transformaciones traumáticas en el mercado laboral, pero existen

dudas respecto a su implantación ante la falta de consenso político y la dificultad de incorporarla al catálogo de derechos de la ciudadanía. La creciente digitalización de la economía y el desarrollo de la inteligencia artificial van a suponer grandes retos ante la deslocalización de las organizaciones y los cambios en la naturaleza de muchos empleos, lo que a medio plazo puede introducir incluso situaciones de desempleo masivo. Este difícil escenario solo podría evitarse con mayor inversión en educación y un Estado del Bienestar más ambicioso, y quizá incluso políticas de empleo coherentes (el autor es muy crítico con el paradigma de la activación y la *flexiguridad* desarrollado en la Unión Europea, que ha apostado por el riesgo más que por la seguridad, además de ofrecer pobres resultados salvo en los países nórdicos). Para Crouch, la única respuesta posible es la de mejorar la estabilidad del factor trabajo, que se encuentra ante una encrucijada socialmente explosiva. Propone una solución por la que aquellos que requieran el trabajo de otros (plataformas y empresas de trabajo temporal, básicamente) paguen la seguridad social a estos oferentes de servicios, solo pudiendo reducirse dicha contribución si consideran a estos autónomos como sus empleados en el sentido clásico del término, permitiéndoles sindicarse, tener negociación colectiva, etc. Es posible que muchas plataformas rehusaran contratar a algunos trabajadores, pero el resultado final sería positivo por cuanto los que permaneciesen en plantilla estarían estabilizados. Sería además imprescindible revitalizar el sindicalismo en estas plataformas e industrias digitales. El objetivo final de estas acciones sería reequilibrar la asimetría en la relación de empleo no estándar, desviándonos de este funesto camino a la precariedad al que nos lleva la *gig economy*.

Este libro de Colin Crouch es una excelente introducción a los desafíos que supone este modelo del capitalismo de plataformas para el mundo del trabajo y la sociedad en general. Recoge con solvencia los problemas que supone la extensión del trabajo precario que generan las plataformas, y plantea una discusión detallada en torno a las posibles soluciones a esta creciente desigualdad social. ¿Prevalecerá el modelo de la *gig economy*? Dependerá de la respuesta de los poderes públicos y de que se haga una apuesta seria por corregir estas nuevas asimetrías mediante políticas de bienestar. La única crítica que se le podría hacer es que quizá minusvalore el papel que tanto el consumo *online* como sobre todo el consumidor digital pueden tener como impulsores de estas plataformas, pero más allá de eso, se trata de un texto que resume con precisión las transformaciones más recientes en el empleo y sus corrosivos efectos, además de poner el foco en la estabilidad del empleo como política prioritaria para corregir estos problemas de inestabilidad y desigualdad creciente. Nos queda confiar en que, desde las autoridades políticas y económicas, se pueda dar respuestas a esta problemática del capitalismo de plataformas en una línea similar a la expresada por el autor.

Carlos Jesús Fernández Rodríguez
 Profesor de sociología de la Universidad
 Autónoma de Madrid

CUADERNO DE NOTAS



TODO SOBRE EL AMOR

bell hooks

Paidós, Barcelona, 2021

254 págs.

Existen un puñado de obras singulares que aportan luz en momentos de confusión al abordar las cuestiones sociales desde nuevas perspectivas. Ese es el caso de *Todo sobre el amor*, un producto atípico en el panorama editorial español que escarba en las raíces de la crispación y polarización que sufren nuestras sociedades y ofrece una respuesta en apariencia un tanto paradójica: el amor. No se trata, sin embargo, del amor romántico o en clave sentimental, sino el amor en toda su amplitud, con conexiones tanto con la esfera privada como con la pública. Y este es el aspecto, quizá más original.

La sorpresa inicial que causa el libro y la aparente paradoja comienzan a deshacerse cuando nos aproximamos a su autora, la inclasificable bell hooks, escritora, académica, crítica cultural, feminista y activista estadounidense. bell hooks, pseudónimo de Gloria Jean Watkins, adoptó el nombre de su bisabuela materna, Bell

Blair Hooks, conocida por decir lo que pensaba. Nuestra autora hace honor a ese lema. Autora de más de 40 libros, entre los que destacan traducidos al español el ya clásico *¿Acaso no soy una mujer?*, publicado originalmente en 1981, *Enseñar a transgredir*, de 1994, y *El feminismo es para todo el mundo*, de 2000. Ahora se publica en español *Todo sobre el amor*, primer volumen de la trilogía *Love Song to the Nation*, al que seguirán *Comunión y Salvación*.

Doctorada en la Universidad de California, Santa Cruz, con una tesis sobre la escritora Toni Morrison, hooks muestra especial atención y sensibilidad hacia cuestiones personales que forman los hilos del tejido social. En sus obras, bell hooks examina aspectos muy diversos de arte, historia, sexualidad, comunicación y feminismo, y lo hace desde un enfoque interseccional de raza, clase y género. Su feminismo nos habla de las raíces de la injusticia y la opresión, explorando las formas de superación de las fracturas dentro de la sociedad a través de la compasión y la solidaridad.

Todo sobre el amor aborda una temática –el amor– muy poco explorada en la esfera pública y en el ensayo académico, quizá porque se asocia a la esfera privada. Sin embargo, como demuestra hooks, el amor es un elemento central en las relaciones sociales, especialmente en sociedades zarandeadas por la crispación como la actual, crispación que muestra, precisamente, la falta de amor.

Como señala la autora, «Empecé a pensar y escribir sobre el amor cuando me di cuenta de que en muchas personas, jóvenes y mayores, ya no había lugar para la

esperanza, sino solo para el cinismo, que a mí me parece el mayor obstáculo para el amor porque está enraizado en la duda y la desesperación» (p. 236).

Este ensayo sintoniza con los avances de las distintas olas del feminismo, desde la máxima de que «lo personal es político» al actual desarrollo teórico en torno a los cuidados. Sin embargo, conviene subrayar su originalidad si pensamos que se publicó en 2000, cuando el pensamiento feminista aún no había explorado algunos de estos territorios.

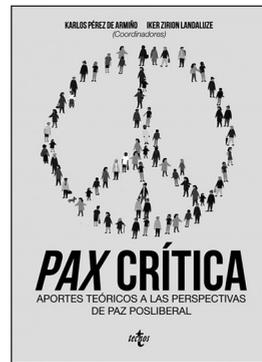
El libro se compone de una introducción y 13 capítulos, cada uno de ellos explora un aspecto del amor, algunos más referidos a la esfera privada –claridad, sinceridad, duelo, curación– y otros que engarzan plenamente con la esfera pública –justicia, compromiso, reciprocidad, valores–. En una época dominada por el individualismo, el narcisismo y el nihilismo, y acosada por graves problemas ecosociales, hablar de amor y desde el amor en la reflexión académica nos transporta directamente a otra lógica y otra visión de los problemas. Los aspectos tanto culturales como éticos que aborda el libro a menudo se obvian en la construcción de respuestas. Pero por más que vayan a la contra de los valores hegemónicos, merecen, sin embargo, una profunda reflexión tanto en la academia como en la sociedad en su conjunto si queremos salir del atolladero de la crisis ecosocial. Resulta claro que el amor no es la única respuesta a los problemas contemporáneos, pero tampoco puede quedar fuera de la solución.

Escrito en un estilo claro y sencillo, y aderezado de numerosas anécdotas y experiencias personales, el libro transmite la profunda religiosidad de su autora, aspecto que no coarta, al contrario, la nece-

saria y honesta reflexión que nos propone. El posible peligro de las numerosas citas de libros encuadrados en la denominada autoayuda no llega a desvirtuar el argumento principal de la autora.

En definitiva, una obra que ilumina una nueva ética para tiempos difíciles basada en el amor.

Celebramos la decisión de Paidós de traducir la trilogía.



PAX CRÍTICA: APORTES TEÓRICOS A LAS PERSPECTIVAS DE LA PAZ POSLIBERAL

Karlos Pérez de Armiño e Iker Ziriñ Landaluze (coords.)

Madrid: Tecnos, 2019

467 págs.

Estamos ante un libro colectivo, muy necesario, cuyo objetivo es abordar los principales debates en los estudios de paz, desde una visión multidisciplinar y con una perspectiva crítica. Para ello cuestiona el modelo hegemónico de construcción de paz, una paz llamada «paz liberal» por considerarse una mera repro-

ducción de los pilares liberales occidentales: consolidar la globalización neoliberal, la economía de mercado y la hegemonía de Occidente.

La «paz liberal» tiende a ignorar las causas de los conflictos, las injusticias históricas y los desequilibrios globales. Apuntala el orden internacional y las jerarquías de poder vigentes como una nueva forma hegemónica de dominación “neocolonial” o “neoimperialista”. Promociona un estado soberano que responde a un imaginario estatocéntrico de corte occidental y liberal, que ignora que la organización sociopolítica de muchas sociedades descansa en sistemas sociales descentralizados e informales. Impone una economía de libre mercado, con profundos cambios económicos y sociales negativos para la población y con escasa atención al bienestar social. Privilegia los derechos civiles y políticos, en detrimento de los sociales, económicos y culturales, lo que contribuye a incrementar las asimetrías de poder y la pobreza. Tiene además un carácter coercitivo e impositivo sobre los actores locales, ignorando la identidad, la cultura, normas, liderazgos, legitimidades, necesidades e intereses de las sociedades locales.

De ahí la importancia de este libro cuyo propósito de problematizar la paz, sugerir su complejidad como proceso siempre cambiante e inacabado, poner en evidencia que existen múltiples formas de imaginarla y perseguirla, y formular alternativas en clave normativa y transformadora. Alternativas que pueden contribuir a la conceptualización de paz y la implementación de la construcción de paz en clave emancipadora.

Los enfoques críticos a la «paz liberal» parten de la idea de que la paz no es un concepto neutro ni unívoco, sino un con-

cepto profundamente político y, por tanto, disputado, con fuertes implicaciones ideológicas, normativas y políticas.

Tras un texto introductorio, el capítulo de Óscar Mateos analiza las características de la «paz liberal», como el «giro securitario» desde el 11-S y los problemas, viabilidad y legitimidad del modelo de construcción de paz.

En el tercer capítulo Vicent Martínez Guzmán nos invita a *descolonizar las mentes* para hacer las paces desde la interculturalidad, partiendo desde su concepto de «filosofía para hacer las paces».

En los cuatro siguientes capítulos se desarrollan una serie de conceptos e ideas que tienen que ver con la importancia de lo local y lo territorial en la construcción de paz: el «giro espacial» del que habla Karlos Pérez de Armiño, la «paz territorial» que desarrolla Tania Rodríguez, las estrategias de acción colectiva noviolenta de Alba Linares Quero y la vinculación de la construcción de paz con la resistencia civil explicada por Itziar Mígica Chao.

En los tres capítulos siguientes se reflexiona sobre la importancia de las relaciones de género y los derechos humanos en el análisis de la paz y los conflictos. Iratxe Mendía analiza desde un punto de vista crítico feminista las políticas de justicia transicional destacando su carácter patriarcal que excluye a las mujeres de los espacios formales de negociación de paz. Iker Zirion Landaluze reflexiona sobre la incidencia de la construcción y reproducción de las diferentes masculinidades en los conflictos y en la construcción de paz, mientras que Daniel Nascimento cuestiona la agenda de prioridades del modelo de «paz liberal» en relación con los derechos humanos, ya que se privilegian los derechos civiles y políti-

cos frente a los derechos de naturaleza, sociales y económicos, a pesar de que son estos los que promueven modelos y procesos más efectivos y sostenibles de construcción de paz.

Los capítulos once y doce abordan en vínculo entre medio ambiente y construcción de paz. Francisco Jiménez Bautista defiende la necesidad de incluir en los estudios de paz la noción de ecología con la inclusión de dos conceptos «paz ecológica» o «paz gaia» que trascienden las relaciones únicamente humanas y pretenden visibilizar las relaciones existentes entre todos los seres vivos. Por su parte, Judith Nora Hardt y Jürgen Scheffran ofrecen una revisión sobre la relación entre el cambio climático con los conflictos y la paz, aportando propuestas para definir la «paz medioambiental».

En el último capítulo, Esteban Ramos Muslera propone la participación integral de la población en los procesos de paz, en lo que denomina «método de la Construcción Participada de Convivencias Pacíficas».

Los enfoques de «paz posliberal» que contiene este libro coinciden en hablar de construcción de paz en un sentido amplio referido a la multitud de actuaciones y procesos orientados no solo a poner fin al conflicto armado (paz negativa), sino también a generar transformaciones sociales y políticas con las que afrontar las raíces de los conflictos, a poner el acento en todos los derechos de los sectores más vulnerables y a crear condiciones de bienestar y justicia que posibiliten construir una paz duradera (paz positiva).

Los análisis contenidos en el texto suponen un enriquecimiento de la perspectiva de la transformación de conflictos en la medida que entienden la construcción de

paz como un proceso de afrontamiento de las raíces profundas del conflicto, de cambio de las estructuras sociales y las relaciones de poder, y ponen el acento en todos los derechos de los sectores más vulnerables.

En definitiva, *Pax crítica* es un texto imprescindible para seguir avanzando en una investigación para la paz que no deje a nadie atrás.